

cantar y rezar los divinos oficios con la mayor devoción y solemnidad posibles, corrigiendo los defectos y abusos que la falta de piedad ó la sobrada atención á negocios puramente mundanos suele introducir en esta parte del sagrado ministerio.

35. De aquí toma motivo el Santo Padre en la misma circular para tratar de la música usada ya desde antiguo en las iglesias cristianas, y para notar distintamente los abusos y ordenar su reforma. Observa, pues, que habiéndose introducido el canto musical acompañado de órgano y de otros instrumentos, debe evitarse en él toda profanidad teatral. A este fin divide su argumento en dos partes, una sobre el canto y otra sobre el sonido. En cuanto al primero, después de haber establecido la gran diferencia que debe mediar entre el canto eclesiástico y el profano, declara que sería muy conveniente moderar su uso, porque de otro modo es muy difícil evitar que la música de la iglesia se asemeje en un todo á la de los teatros. „Si la música, añade, se introdujo en la iglesia para elevar el corazón del hombre á Dios, ¿cómo podrá esto obtenerse si el auditorio, ocupado enteramente en gozar la melodía del canto, ó el metal de la voz, ó la industria y artificio de los coros, no percibe ni una sola palabra de lo que se canta? San Agustín atestigua en sus confesiones, que al oír cantar suavemente los himnos de la Iglesia lloraba incesantemente; pero que habiendo después formado algún escrúpulo por el placer que gustaba en dicho canto, tuvo intención de reprobarle, y solo lo permitió persuadido de que no el canto sino las palabras conmovían su corazón y el de sus

ovejas: Lloraba, prosigue Benedicto, lloraba San Agustín de ternura, porque atendía á las palabras acompañadas del canto; ahora lloraría sin duda al oír las músicas de nuestras iglesias, pero lloraría, no de ternura, sino de dolor al oír un canto en que no se percibe ninguna palabra.” Con respecto al sonido, admite el Pontífice el uso del órgano, de los violones, violoncelos, bajones, violas y violines que sirven para dar mayor esfuerzo á los cantores; pero es de parecer que deben desterrarse los tímpanos, cornetas, trompas, oboes, flautas, flautines, los modernos salterios, bandurrias y otros semejantes instrumentos que no sirven sino para hacer la música teatral. Concede el uso de las sinfonías, con tal que sean graves y que no incomoden por su excesiva duración á los que asisten al coro ú al altar en las vísperas y misas solemnes. „Es intolerable, dice el Papa, que se oigan en nuestros templos en algunos días del año músicas suntuosas que en ninguna manera pueden corresponder á los sagrados misterios que la Iglesia propone en aquellos días á la veneración de los fieles. Tales son, por ejemplo, las árias y recitados que se usan en algunos lugares durante la semana santa ó mayor para cantar las lamentaciones, en las que se llora, ó bien la destrucción de Jerusalén por los caldeos, ó los estragos que hace el pecado en el mundo, ó la aflicción de la Iglesia militante entre las persecuciones, ó las angustias de nuestro divino Redentor en el día de su pasión.” Estas instrucciones de Benedicto XIV nos dan á conocer que ya en su tiempo se abusaba de la música, trasladando á la iglesia y al canto de los divinos oficios las composiciones únicamente

propias de la escena. Sin embargo, debemos **confesar** que despues de los dias de aquel gran Papa se ha **aumentado** este abuso en la mayor parte de las naciones católicas; y podemos decir con mas fundamento que Benedicto, que léjos de servir la música de nuestras iglesias para elevar el corazon á Dios, sirve tan solo para apartar del Señor el pensamiento embebido en la melodía del canto.

36. Despues de haber dado las necesarias instrucciones á todos los obispos de su estado, hizo el Pontífice en el dia 3 de Marzo una larga alocucion á los cardenales que sirve de preparacion al jubileo. Comienza en ella refiriendo la historia de esta santa institucion, de sus variaciones y de los Papas que la celebraron. Manifiesta luego los deseos que habia tenido desde que ocupó la Cátedra de San Pedro de celebrarla él mismo, y los preparativos así religiosos como políticos que habia ordenado, especialmente los de las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letran y Santa María la Mayor, que eran las destinadas por sus predecesores para la visita y estacion, y los de otras iglesias de la ciudad, como Santa Cruz en Jerusalem, San Martin, Santa Maria de los Angeles, San Apolinar, Santa María de las Plantas y la capilla Pontificia; en lo cual se estiende largamente dando cuenta del pormenor de las obras y adornos hechos en aquellos templos, y exhortando á los cardenales á hacer lo mismo en cuanto les fuese posible en las iglesias de sus títulos. Concluye, finalmente, pidiéndoles su cooperacion para preparar y celebrar con la debida magestad, devocion y fervor el santo jubileo.

37. Dos meses despues de esta alocucion, siguiendo

el uso constante introducido por Gregorio XIII en el jubileo de 1575; publicó Benedicto XIV su bula, con las formalidades acostumbradas, el dia de la Ascension 7 de Mayo. Esta bula, á mas de las cláusulas de estilo dirigidas á manifestar el gran beneficio del jubileo y á invitar á todos los cristianos á hacerse dignos de esta gracia singular, contiene una multitud de instrucciones y exhortaciones saludables con el estilo propio de los antiguos padres de la Iglesia; de suerte que se ha mirado siempre como un testimonio de la inmensa doctrina y piedad de este Papa y como una obra maestra en su clase. Nos ceñiremos, atendiendo á la brevedad, á presentar una muestra á nuestros lectores trascribiendo el principio de esta bula. „Durante la peregrinacion de esta vida mortal, dice, mientras que léjos de Dios caminamos en busca de la pátria de que esperamos un dia ser perpétuos ciudadanos, conocemos sobradamente, por una desgraciada experiencia, que todos todos faltamos en muchas cosas, y nos descarriamos, á manera de ovejas perdidas, del sendero de los divinos mandamientos. Seria engañarnos á nosotros mismos si dijésemos que no somos pecadores, mientras que nuestra conciencia nos acusa de una multitud de trasgresiones de la divina ley que nos llenan de temores y espanto al verse acercar la última hora y la cuenta terrible que nos ha de pedir el supremo Juez. Si dijéramos que no hemos pecado, mentiríamos á Dios, justo y veráz en sus juicios, á Dios que, no por otra razon que por nuestros pecados é iniquidades, multiplica cada dia sus castigos y nos aflige temporalmente para que nos convirtamos á él antes que llegue el momento de la

eternidad. Ved aquí, amados hermanos é hijos nuestros, la causa por qué nuestra amorosísima Madre la Iglesia Católica no cesa de emplear su tierna solicitud en llamar á los senderos de la justicia á sus hijos errantes; en conducirlos desde el borde del precipicio al camino recto de la salud; en reducir á los caidos á la penitencia, y en invitar á todos á romper las cadenas de la iniquidad ofreciéndoles el remedio de la misericordia infinita. Pero son muy pocos los que escuchan los saludables avisos de la Iglesia, mientras que la mayor parte, ó arrebatados de sus pasiones, ó envueltos en los cuidados y placeres de la vida, aborrecen el espíritu de la penitencia y la enmienda de las costumbres, y desprecian las riquezas de la bondad, de la paciencia y de la longanimidad de Dios; y otros, por efecto de su perversidad ó de su negligencia, desechan ó no procuran merecer las indulgencias, cuyo tesoro tiene abierto la santa Iglesia para todos y en todo lugar y tiempo. Entretanto nuestros dias se disminuyen, y nosotros corremos sobre la tierra como el agua que se precipita sin detenerse. Entonces, pues, cuando compareceremos delante del Juez supremo, conoceremos, pero demasiado tarde, que por nuestra obstinacion é impenitencia hemos acumulado sobre nuestras cabezas un peso insoportable de ira para el dia de las venganzas." Por este principio se puede formar idea del resto de la bula, y por ella del espíritu de su autor. Algunos dias despues publicó otra Benedicto XIV declarando suspensas todas las demás indulgencias en el discurso del año santo. A esta segunda bula siguió una carta circular á todos los patriarcas, arzobispos y obispos, en la

que habla de la antigüedad y mérito de las sagradas peregrinaciones, del valor de las indulgencias, del precio de las misiones, de la utilidad de las confesiones generales y de la recta administracion del sacramento de la penitencia. Atento á todo, dió en otras tantas bulas los oportunos avisos é instrucciones á los penitenciaros de las basílicas; ordenó que las causas civiles y criminales de los peregrinos fuesen juzgadas sumariamente por jueces particulares; diputó tres cardenales para abrir las puertas de las tres basílicas, ostiense, lateranense y libreriana; soltó las dudas y decidió las controversias que podrian originarse entre los confesores respecto á las facultades de cada uno y á las obras que debian imponer á sus penitentes; acorrió con paternal caridad á los enfermos y encarcelados, señalándoles el modo con que podian participar de aquel grande beneficio; y finalmente estendió sus amorosos brazos á los regulares apóstatas, concediéndoles la dispensa de toda pena si dentro del año santo volvian á sus conventos.

38. Las bulas y demás instrucciones publicadas por el Soberano Pontífice en esta ocasion, eran suficientes para despertar y promover la devocion de los fieles; sin embargo, para que nada faltase de cuanto podia contribuir á tan saludable objeto, ordenó hacer misiones extraordinarias en Roma. Llamó á este fin al beato Leonardo de Porto-Mauricio, y le encargó que predicase con su acostumbrado celo en diferentes partes de Roma. En efecto, hizo tres misiones aquel fervoroso predicador, empleando en cada una quince dias, é interponiendo una semana de una á otra. En la primera, que se

efectuó en la plaza Navona, fue tan numeroso el concurso, que no solo llenó la inmensa estension de aquella plaza con todos los patios, ventanas y tejados de sus edificios, sino tambien todas las calles inmediatas, siendo lo mas notable que, á pesar del calor del mes de Agosto, se veian concurrir así hombres como mugeres desde el amanecer para ocupar un lugar donde pudiesen oír distintamente el sermón que se predicaba por la tarde. Semejantes á la primera fueron las otras dos misiones, que se tuvieron, una en la plaza de Santa María *Transtiberin*, y la otra en la de Santa María de la Minerva, asistiendo á todas ellas el Sumo Pontífice. Concluidas las misiones celebró el beato Leonardo en el mes de Noviembre por órden de su Santidad los ejercicios espirituales en tres diferentes iglesias. Fue tan grande el celo que manifestó el santo misionero en todas estas funciones apostólicas, que llegó á temer el Papa que produjese algun efecto excesivo en el pueblo, y se lo advirtió paternalmente, teniendo con esto motivo de observar y admirar la grande humildad del fervoroso predicador.

39. El ejemplo del que gobierna ha sido siempre la lección mas poderosa para el espíritu de los gobernados; y si esta máxima tiene lugar en todos los tiempos y en todas las clases de la sociedad, lo tiene mucho mas en la sociedad religiosa. Persuadido de esta verdad Benedicto XIV, quiso dar por sí mismo al pueblo de Roma y á toda la Iglesia un ejemplo singular de piedad; y á principios de Diciembre despidió por diez dias á toda su servidumbre, separóse del comercio del mundo, y de puesta la tiara á los pies de Jesucristo, hizo sus ejercicios

espirituales, empleándose dia y noche en la contemplacion de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre. Retiróse tambien el beato Leonardo á su convento de San Buenaventura, como si tantos trabajos y fatigas apostólicas de nada le sirviesen delante de Dios. Puede juzgarse cual seria el fervor de este santo hombre durante sus ejercicios por la contestacion que dió despues al Papa. Preguntóle Benedicto qué fruto habia sacado, y respondió: *un gran deseo de morir cuanto antes para gozar pronto de Dios.*

40. Hechos con tanta solicitud todos los preparativos para la celebracion del jubileo, y abierta la puerta santa con las ceremonias acostumbradas que celebró Benedicto XIV con extraordinaria magnificencia y solemnidad, presenció Roma los espectáculos de un fervor no conocido en muchos siglos. Desde el Papa hasta el último de los clérigos, y desde los primeros Príncipes hasta el mas infeliz habitante de la ciudad, no solo atendian á practicar por sí mismos las visitas y estaciones del jubileo, sino tambien á dirigir á todos los estrangeros, prodigándoles los beneficios de la caridad mas ardiente. Fue innumerable el concurso de forasteros que se vieron en Roma en todo el discurso del año, y se repitieron varias veces algunos de los antiguos espectáculos de piedad en las procesiones ordenadas de toda clase de personas que entraban en la ciudad y se dirigian inmediatamente á las basílicas con edificacion hasta de los mismos romanos mas piadosos. Pero el espectáculo mas admirable de este jubileo fue el que ofreció el gran Benedicto con su conducta. No contento con esponder cuantiosas sumas

en favor de los peregrinos , así de su estado como de los demás de la cristiandad , los recibia continuamente á su audiencia , se entretenia con ellos , les instruia y despedia siempre consolados. En cuanto á las visitas y estaciones , no se dispensó en lo mas mínimo ; al contrario , á pesar de su edad septuagenaria y de su continuo trabajo , hizo personalmente , y muchas veces á pie , las treinta visitas á cada una de las cuatro basílicas designadas.

41. Un conjunto de circunstancias imprevistas y desconsoladoras affligieron el ánimo de Benedicto XIV , en medio de su tierna solicitud por hacer mas ventajoso á los fieles el santo jubileo , y de la complacencia que experimentaba al ver concurrir á Roma mas de cincuenta mil estrangeros para participar de aquel beneficio. La importante disputa que se suscitó entre la república de Venecia y la santa Sede (de que hablaremos despues) habia hecho alejar de Roma al embajador veneciano , y obligado al nuncio pontificio á retirarse á Ferrara : una supuesta violacion de los privilegios y derechos de la iglesia y seminario de San Jaime de los españoles , habia interrumpido la buena armonia entre la córte de Madrid y la curia romana : el Rey de Cerdeña pretendia que en la inmediata promocion de cardenales fuese incluido monseñor Merlini , nuncio en su córte ; y que de las rentas de las principales abadías del Piamonte se formase un grueso patrimonio á favor del duque de Saboya , á semejanza de lo que se habia hecho en España en beneficio del Infante D. Luis : la ruidosa cuestion entre los Príncipes de la casa de Hohemloe sobre el restablecimiento de ciertos consistorios y ministros luteranos ,

á quienes habia despojado el conde católico , llegó á tal punto de efervescencia , que al comunicar el Papa á los cardenales las noticias recibidas de Alemania , comenzó su discurso por aquellas palabras de Jeremías : *una voz se ha oido en lo alto , voz de lloro y de alarido , voz de Raquel que llora á sus hijos* : finalmente , la noticia que llegó en este tiempo á Roma de la fiera persecucion que padecian los cristianos en la China , hacia temer justamente que se renovase en aquel imperio el ódio contra los fieles de que habia dado egemplo un siglo antes el Japon. A todas estas agitaciones politico-elesiásticas , se añadió la horrible inundacion del Tiber acaecida á fines del mismo año , que no solo devastó las campiñas , sino tambien muchos barrios de la ciudad , por cuyas calles principales no podia transitarse sino por medio de barquichuelos. Sin embargo , el magnánimo corazon de Benedicto , aunque affligido por tantas contradicciones y calamidades , no desmintió ni por un solo instante la idea que generalmente se habia formado de su gobierno sábio , prudente y paternal. Ocurrió á las desgracias de Roma y de sus inmediaciones haciendo repartir durante la inundacion abundantes provisiones á todos los habitantes de los barrios inundados , y distribuyendo despues entre los mas pobres algunas sumas de dinero con las que pudieron atender aquellos desgraciados al restablecimiento de sus casas. En órden á las cuestiones suscitadas con las potencias estrangeras , se portó (como veremos) de tal modo , que sin menoscabar ninguno de los privilegios y derechos de la santa Sede , concilió los ánimos y restableció la concordia y buena armonia.

42. El día 19 de Mayo perdió la Iglesia militante uno de aquellos hombres extraordinarios, cuyas eminentes virtudes la llenan de gloria á vista de todo el mundo. El venerable fray Crispin de Viterbo, despues de haber anunciado mucho tiempo antes el día y el instante preciso de su muerte, terminó la carrera maravillosa de su vida con la serenidad de la inocencia y con la alegría de los justos. En su muerte quiso Dios manifestar cuán gratas le habian sido las virtudes de su siervo, renovando los prodigios que han acompañado en todo tiempo la muerte de los santos. Al lavar el cadáver de fray Crispin, observaron sus hermanos que, á mas de las llagas causadas por el cilicio y por las disciplinas que llenaban todas sus espaldas, tenia los muslos y piernas cubiertas de úlceras, entumecidas las rodillas, encogidos los dedos de pies y manos, y todo su cuerpo negro y acardenalado de modo que causaba horror. Apresuráronse, pues, á acomodarle del mejor modo posible con la idea de sepultarlo cuanto antes temiendo una inmediata putrefaccion; pero repentinamente y sin que tuviesen tiempo de advertirlo los mismos que tenian el cadáver en las manos, se obró en él una prodigiosa trasformacion. Desaparecieron las llagas, las úlceras y manchas, la carne se puso blanca y mórbida como la de un niño, todos los miembros tornaron á su estado natural adquiriendo la flexibilidad y hermosura de un cuerpo sano y viviente.

Difundióse al momento por toda Roma la noticia de este prodigio, y corrió el pueblo por todas partes á ver y admirar lo que se le decia. Llenó el inmenso concurso

el convento, las calles y plazas inmediatas: agolpáronse todos hácia el féretro que no pudieron en manera alguna defender los religiosos, ni impedir que hiciesen pedazos sus hábitos, de suerte que fue preciso llamar un destacamento de tropa para que contuviese la indiscrecion de la multitud. Sin embargo, no cesó el tumulto del pueblo que queria de todos modos satisfacer su devocion ó su curiosidad, durando hasta bien entrada la noche el piadoso desórden de los que pedian al menos besar los pies del santo cadáver y el lugar donde habia estado. Al día siguiente volvió á acudir el pueblo aun en mayor número, de manera que fue menester llamar mas soldados y poner en torno del féretro un enverjado para custodiarle, logrando así introducir algun órden en los que se acercaban á venerar el cuerpo del bienaventurado. Muchas gracias concedió el Señor aquel mismo día, que fueron despues atestiguadas por algunos de los que se hallaron presentes y por los mismos que las recibieron. Finalmente, despues de muchas dificultades que oponia la devocion del pueblo, pidieron los religiosos encerrar por la noche el cadáver en una caja de ciprés y depositarlo en el cementerio comun. Mas trascurridos algunos días se vieron precisados á abrir nuevamente la caja á instancias del embajador de Venecia y de monseñor Eugenio Visconti, que fue despues cardenal, los cuales deseaban ver y venerar los restos del siervo de Dios. El cardenal Ruffo, decano del sacro colegio y protector de los capuchinos, ordenó despues colocar el cadáver en otra caja y depositarlo en lugar separado; y el cardenal Guardagui, vicario de Benedicto XIV, mandó